



10+



Software es una pequeña babosa marrón, limpia y brillante, con tentáculos totalmente ordinarios y un cerebro de lo más extraordinario. Vive en el sótano de la familia Potter con una colonia de engraidos caracoles, que permiten que Software comparta con ellos su hogar porque es muy lista. Los problemas comienzan cuando Software decide que quiere una concha. Y eso crea una serie de malentendidos que casi acaban en desastre.



edebé

www.edebe.com

Sofía Madrid A.

TUCAN  10+

Software, la superbabosa

JOYCE DUNBAR



edebé

10ª EDICIÓN

Título original: *Software Superslug*.
© Copyright texto 1987 Joyce Dunbar

© Ed. Cast.: Edebé, 2007
Paseo de San Juan Bosco, 62
08017 Barcelona
www.edebe.com

Directora de la colección: Reina Duarte
Diseño de las cubiertas: César Farrés
Ilustraciones: Jordi Fenosa
Traducción: Sonia Tapia

10.ª edición

ISBN 978-84-236-8757-2
Depósito Legal. B. 23510-2008
Impreso en España
Printed in Spain
A&M Gráfico, S.L.

Qualquier forma de reproducció, distribució, comunicació pública o transformació de esta obra sólo puede ser realizada con la autorizació de sus titulares, salvo excepció prevista por la Ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos – www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Índice

1. El rastro misterioso	7
2. Software	15
3. El Agujero de los caracoles	19
4. Dibujos en el puf	25
5. La cabeza llena de caracoles	31
6. Un dilema	39
7. Todas las criaturas, grandes y pequeñas	45
8. Sí, pero...	51
9. Sígueme	55
10. Baba de babosa	61
11. Doble problema	67
12. El gran debate de los caracoles	75
13. La fiesta de la cerveza	83
14. La huida milagrosa	91
15. Software, la Superbabosa	101

El rastro misterioso

El lunes por la mañana, cuando la señora Potter estaba arreglando el salón, vio algo extraño en el suelo.

Era largo.

Era sinuoso.

Era brillante.

¡Parecía el rastro baboso de un caracol!

La señora Potter se puso a cuatro patas para verlo más de cerca. Y sí, había una larga y fina línea de pegajoso aspecto que atravesaba la alfombra del salón. La señora Potter arrugó toda la cara y tocó la línea con la punta del dedo.

—¡Agl! —dijo muerta de asco.

Pero no limpió el rastro. Quería descubrir de dónde venía y a dónde iba. Parecía co-

menzar en un rincón de la habitación. Luego desapareció un momento y finalmente cruzaba la alfombra hasta llegar al puf. Allí se detenía.

La señora Potter levantó el puf y lo volvió boca abajo. Le dio puñetazos y lo frotó por todas partes. No había ni rastro de ningún caracol.

Hay que decir que la señora Potter no era un ama de casa especialmente remilgada. No le importaba demasiado que una araña se paseara, o incluso correteara, por la alfombra de su salón, pero las arañas son distintas de los caracoles. Las arañas no dejan un rastro de baba. Según el punto de vista de la señora Potter, lo de la baba ya era demasiado.

—No pienso tener un caracol en mi salón —declaró la señora Potter—. Tengo que encontrarlo y sacarlo fuera —y diciendo esto, empezó a buscar.

Primero puso todos los muebles en me-



dio de la habitación para poder tener una mejor visión del suelo.

Ni rastro del caracol.

Luego sacó de las estanterías todos los libros y adornos, para ver si allí había algo escondido. Encontró dos pinzas, tres insignias, un juego de limpiapiipas y una goma en forma de rana.

Pero ningún caracol.

Luego quitó las cortinas, sacudió todos los cojines y descolgó todos los cuadros de las paredes.

Seguía sin encontrar el caracol.

Para cuando llegaron del colegio los dos hijos de los señores Potter, toda la habitación era un auténtico desastre. La señora Potter también estaba hecha un desastre.

—¿Qué pasa? —preguntó Betsy, la hija pequeña de los Potter—. ¿Nos mudamos?

—¡Bieven! —dijo Tom, el hijo mayor de los Potter—. Has encontrado mis insignias del club de informática.

A Tom le volvían loco los ordenadores. Pronto llegó, también del colegio, el señor Potter. El señor Potter era profesor en el mismo colegio al que iban Betsy y Tom, lo cual a veces era bastante embarazoso para ellos. Había tenido un día muy ajetreado y lo único que quería era sentarse en su butaca, junto a la chimenea, y fumarse una pipa. Pero su butaca estaba cubierta de libros y todo el salón estaba patas arriba.

—¡Oh, no! —dijo el señor Potter—. Odio la limpieza de primavera.

—Es verano y no estoy haciendo la limpieza de primavera —dijo la señora Potter—. Estoy buscando una cosa.

—¿Qué has perdido ahora, cariño? —preguntó el señor Potter—. Debe de ser algo muy importante.

—No he perdido nada —dijo la señora Potter—. Estoy buscando un caracol.

—¿Un caracol? —preguntó asombrado el señor Potter mientras se sentaba con mucho

cuidado sobre una pila de libros—. ¿En el salón?

—¿No sería mejor que lo buscaras en el jardín? —preguntó Betsy.

—Yo iré a cogerte un caracol —dijo Tom acercándose a la puerta.

—¡No, no, no! —exclamó la señora Potter, que empezaba a perder la paciencia—. No es que quiera un caracol, es que ya tenemos uno. Mirad, mirad ahí en el suelo.

El señor Potter y los niños miraron. No había nada que ver. Se pusieron a gatas y miraron con más empeño. Seguía sin haber nada. Se miraron unos a otros, luego miraron a la señora Potter y luego volvieron a mirar al suelo. El rastro de baba se había desvanecido por completo.

—Yo no veo nada —dijo Betsy.

—Yo tampoco —dijo Tom.

—Ni yo —dijo el señor Potter.

—¡Lo habéis borrado con vuestras rodillas! —dijo la señora Potter agitada—.

—¿Que hemos borrado un caracol?

—¡No! ¡El rastro! —dijo la señora Potter con pinta de estar un poco frenética—. Esta mañana estaba ahí, en el suelo. Un rastro sinuoso y pegajoso. ¡Y ahora lo habéis borrado!

Betsy estaba perpleja.

—Lo siento, mamá. No sabíamos que querías conservarlo.

La señora Potter soltó un largo suspiro.

—No quería conservarlo, tonta, ¡sólo quería descubrir quién lo había dejado!

El señor Potter soltó un largo suspiro.

—¿Y no podríamos solucionar todo esto después de la cena?

—Podríamos encontrar una maripuita en el azúcar —dijo Betsy.

—O una tijereta en la mermelada —rió Tom.

—O incluso un poco de paz —gruñó el señor Potter.

Software

Mientras la señora Potter buscaba un caracol, la criatura que había dejado el rastro de baba había permanecido escondida. Había estado escuchando, asombrada por toda la commoción que había creado. Ahora que los Potter ya habían cenado, habían ordenado el salón y se habían ido a la cama, respiró con alivio y salió reptando de debajo de la silla de la señora Potter.

Y no era un caracol.

¡Era una babosa!

Era una pequeña babosa marrón, limpia y brillante, con tentáculos perfectamente ordinarios y un cerebro de lo más extraordinario.

Era una babosa genio: el Albert Einstein,

el William Shakespeare y el Pablo Picasso de las babosas, todos reunidos en uno. Se llamaba Software.

Pero al igual que todos los genios, tenía ideas muy extravagantes, así como ideas muy brillantes.

Su primera idea extravagante fue que ella no era una babosa, sino un caracol sin concha. Y siempre estaba a la búsqueda de una concha. Lo había intentado con varias conchas vacías de caracol que había en el jardín, e incluso con una concha marina, pero ninguna de ellas le venía bien. Además, ella no quería una simple concha vieja. Software esperaba encontrar alguna cosa muy especial.

Y entonces, una noche, en lugar de efectuar la cotidiana excursión por el jardín para buscar comida, Software había ido al salón de la familia a buscar una concha.

Y había visto el puf.

Admiró su corpulencia y su aspecto de

sombrero, y se le ocurrió la segunda idea extravagante.

—¡Qué concha más elegante y espectacular señal — se dijo—. Es la concha apropiada para un genio.

Y estaba a punto de probarla cuando entró la señora Potter en la habitación. Así pues, Software se vio obligada a esconderse, aunque retorció primero su rastro para que no la encontraran. Y allí, en su escondite, se había quedado, dormitando a ratos y perdiéndose toda la conversación sobre los caracoles.

Ahora que todo estaba en silencio, tenía la oportunidad de volverlo a intentar.

Sabía que nadie la molestaría durante algún tiempo, de modo que volvió a reptar lentamente por el puf. Era de color rojo rosáceo y tenía una textura cálida y peluda que le hacía cosquillas al andar. Tiepó por un costado hasta llegar arriba y luego fue dando vueltas y vueltas, buscando un modo de en-

trar. Y dejó un rastro baboso que daba vueltas y vueltas en espiral, todo plateado bajo la luz de la calle que se reflejaba en la habitación.

Sin embargo, no pudo encontrar la forma de entrar.

Para cuando se hizo de día, estaba tan cansada que tuvo que darse por vencida. Además, pronto bajaría la familia para desayunar.

—No importa —se dijo Software—. Ya volveré a intentarlo mañana por la noche.

Y empezó a reptar por el largo camino de vuelta a casa.

3 El Agujero de los caracoles

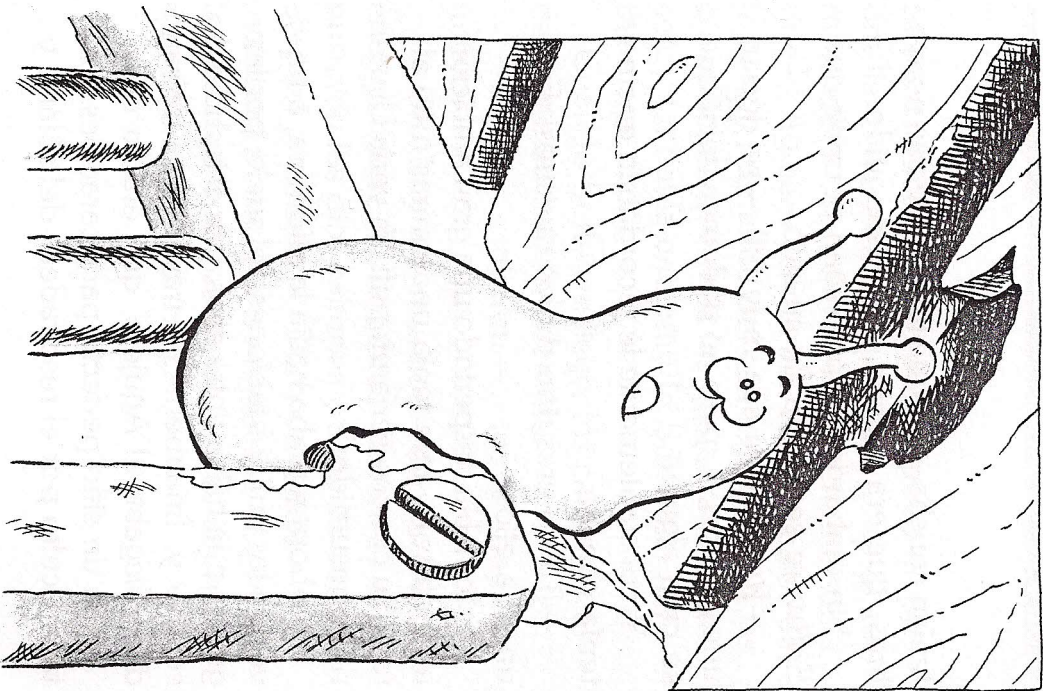
Su casa era un agujero cerca del sótano, en el que vivía una gran colonia de caracoles.

A los caracoles no les gustan las babosas. Para un caracol, una babosa parece como si estuviera desnuda y tiene un aspecto en cierto modo desagradable. Los caracoles hablan muy mal de las babosas.

Pero como Software era un genio, los caracoles la toleraban. Software les hacía favores, porque entendía el lenguaje humano y les contaba todos los cotilleos. Les decía con anticipación cuándo planeaban plantar nuevas lechugas y qué arbustos de fresas habían sido rociados con bolitas de veneno.

Pero Software hacía más que eso. Al escuchar lo que hablaban los humanos, se enteraba de algunas palabras muy interesantes que, traducidas al lenguaje de los caracoles, se convertían en maravillosos nombres dobles. Por eso, un enorme abuelo caracol se llamaba Babucha Izquierda, y una abuela gorda y redonda se llamaba Mesa Camilla. Había un caracol llamado Primer Plato y otro llamado Walkie Talkie. Y el caracol jefe, el que tenía el mejor nombre de todos, sacado de la charla de Tom Potter, se llamaba Usuario Consumidor. Su esposa se llamaba Disco Duro y su hijo Rebobinado Rápido. Fueron los caracoles los que le pusieron *Software* a *Software*.

Software también les ponía nombres a los caracoles que vivían debajo de las piedras del jardín, como Cuentagotas, Saliva y Mechón. Y esto acrecentaba la estupididad y sensación de superioridad que tienen los caracoles sobre las babosas, porque no sólo



tenían concha, sino que también tenían nombres, que era mucho más distinguido.

Sin embargo, no pensaban permitir que Software se saliera de su sitio.

—Puede que sea muy útil —se decían unos a otros—, pero no podemos dejar que se crea alguien.

Y constantemente le recordaban que no tenía concha.

—¡Tú no eres uno de los nuestros! ¡Eres uno de ellos!

Esto había despertado una gran ambición en Software, que tenía unas miras muy altas. ¡Su concha sería un puff! ¡Ya venía Usuario Consumidor!

Y ahora reptaba hacia la alfombra, a través de los pulidos tablones del suelo, por las grietas que había entre ellos, por el techo del sótano y, finalmente, a través del respiradero, llegaba al Agujero, que era su casa.

Era un sitio perfecto para caracoles. Estaba oculto por el respiradero del sótano y

se encontraba cubierto por un poyo de piedra lleno de plantas que había junto al camino de la casa; de modo que nadie sabía que el Agujero estaba allí. Recibía calor de la casa y humedad del camino, que son las condiciones que más les gustan a los caracoles. Lo había encontrado Software, naturalmente.

Cuando Software llegó, los caracoles todavía no se habían dormido.

—Bueno —dijeron—. ¿Qué hay de nuevo?

—Oh, hoy no mucho —dijo Software encogiéndose de hombros. Entonces se le pusieron los ojos saltones y todo su cuerpo empezó a temblar—. Pero ya veréis —dijo intentando controlar su agitación—, pronto tendré algo que enseñaros — y se acurrucó disponiéndose a dormir.

Dibujos en el puf

El señor Potter fue el primero que entró al salón aquella mañana.

—¡Mabel! —gritó—. ¡Ven a ver una cosa!
Mabel Potter entró corriendo en la habitación, todavía con el camisón puesto. El señor Potter miraba fijamente el puf. Mabel Potter también se lo quedó mirando. En la superficie del puf había una espiral de baba. Era una espiral preciosa, un dibujo enrollado y brillante. Mabel Potter resopló.

—¡Dios mío! ¡Qué caracol más listo!
—¡Y una porra! ¡Qué va a ser un caracol! —dijo el señor Potter—. Un caracol no puede hacer una cosa así. Yo creo que ya sé quién ha sido. ¡Betsy! ¡Tom! —rugió.

Los niños llegaron corriendo, con la boca llena de tostadas.

—¿Quién ha cogido mi pegamento? —dijo el señor Potter señalando el puf.

Los niños parecían sorprendidísimos.

—Yo no —dijo Tom moviendo la cabeza.

—Ni yo —dijo Betsy con cara de interés.

—¡Debe de haber sido el caracol! —dijeron los dos a la vez.

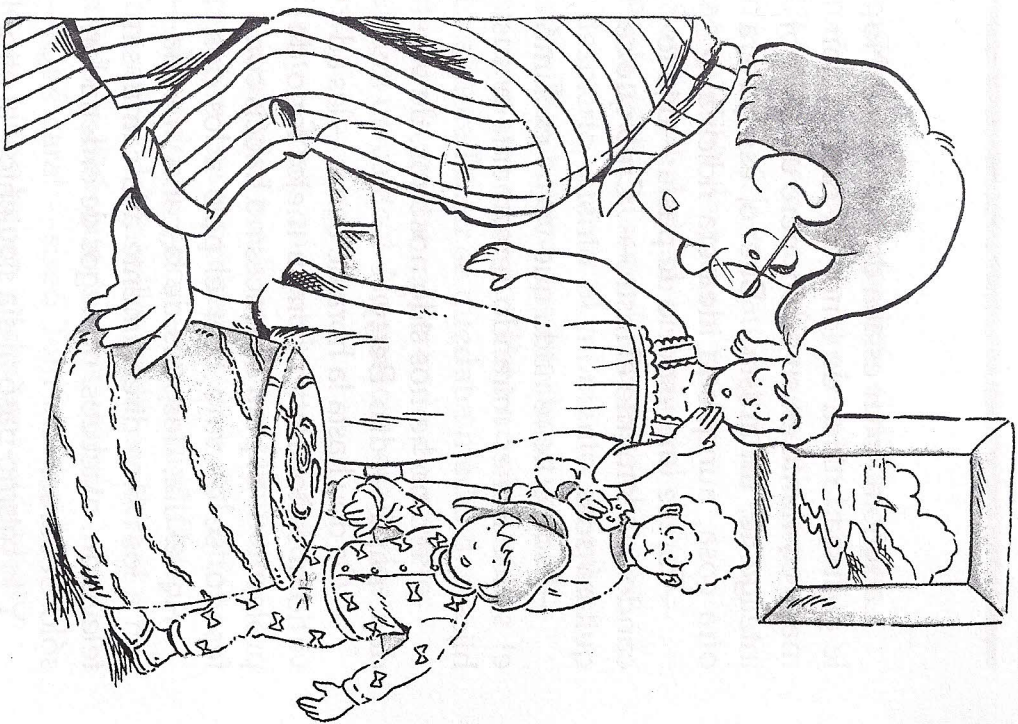
—Ah, ahora resulta que los caracoles saben dibujar, ¿no? —dijo el señor Potter con sarcasmo—. Les gusta mucho hacer autorretratos. ¡Y luego diréis que también saben hacer punto!

Los niños se tragaron las tostadas. El señor Potter se estaba enfadando.

—Ya sabéis que os tengo dicho que hay que decir la verdad.

—Pero si no hemos sido nosotros —dijo Tom con voz suplicante.

—Pues habéis tenido que ser vosotros —dijo el señor Potter—. ¿No pensaréis que lo hemos hecho vuestra madre y yo? Es una broma muy estúpida.



La señora Potter estaba desilusionada. No le gustaba la idea de tener un caracol normal y corriente en su salón, pero un caracol inteligente, un artista... Bueno, eso ya era otra cosa, aunque la idea era ridícula.

—Parece una especie de pasta —dijo tocando suavemente el rastro—. Creo que se quitará solo.

—Eso no tiene nada que ver —exclamó el señor Potter mirando ferozmente a sus hijos.

—¡Pero no hemos sido nosotros, de verdad, papá! —dijo Betsy.

—Os doy hasta la hora de cenar —les advirtió el señor Potter con su mejor tono de profesor—. Si para entonces no habéis confesado, se os va a caer el pelo a los dos. Aquel día, después de la cena, mandaron a los niños directamente a la cama, sin televisión, ni tebeos, ni juegos de ordenador; sólo deberes.

Y lo mismo pasó al día siguiente y al otro,

porque cada día desaparecía el dibujo y por la mañana aparecía uno nuevo en el puf.

Una mañana era una línea ondulada por todo el borde. A la mañana siguiente era un zigzag que iba de parte a parte.

¡Software trabajaba con ahínco!

Por la noche, el señor Potter esperaba medio despierto, atento al momento en que Betsy o Tom bajarán las escaleras para dibujar con pasta en el puf. Pero no oía nada.

La señora Potter se quedaba medio despierta por la noche, esperando en secreto que fuera un caracol. No parecía cosa de los niños.

Betsy y Tom, que estaban muy dolidos por tenerse que ir a la cama tan temprano, empezaban a sospechar el uno del otro.

—Has sido tú, ¿no? —le susurró Betsy a Tom en el descansillo de la escalera—. Admítelo y diré que hemos sido los dos.

—¡Qué caral! —siseó Tom indignado—. ¡Sólo las niñas hacen cosas tan estúpidas!

A nadie se le ocurrió quitar de allí el puf, porque, cada uno a su modo, todo el mundo esperaba demostrar algo.

En casa de los Potter las cosas se estaban poniendo muy tensas, de modo que fue un alivio cuando llegó el fin de semana. Los niños se fueron a casa de su abuela, todavía castigados, naturalmente.

Aquella noche hubo paz en la casa. El señor y la señora Potter durmieron profundamente y se levantaron muy contentos. Pero pronto quedó rota la paz.

El señor Potter se estaba afeitando en el cuarto de baño cuando oyó el grito de su mujer en el piso de abajo. Salió corriendo a ver qué le pasaba y la encontró bailando y dando brincos alrededor del puf.

—¡Lo sabía! ¡Lo sabía! —gritaba loca de contenta—. ¡Es un caracol! ¡Es un caracol de lo más especial! ¡Un caracol artista! ¡Tenemos un genio!

¡Había aparecido otro dibujo!

5 La cabeza llena de caracoles

Después de aquello no hubo forma de detener a la señora Potter.

Estaba totalmente obsesionada por los caracoles. Cuando volvieron los niños de casa de la abuela, la señora Potter no hablaba más que de baba de caracol, rastros de caracol y caracoles genios.

—Mamá tiene la cabeza llena de caracoles —dijo Betsy.

—La fiebre del caracol —dijo Tom.

El señor Potter no hizo nada. Les pidió perdón a sus hijos por haberles culpado injustamente, les dio dinero extra y les dejó quedarse levantados hasta tarde. Pero esta-

ba preocupado por su mujer. A veces no podía evitar querer una esposa como las esposas de los demás.

Cada mañana la señora Potter bajaba las escaleras a toda prisa para ver qué nuevo dibujo había aparecido. Copiaba los dibujos en papeles que luego colgaba de las paredes.

—Tal vez es el alma de un genio que ha vuelto a la Tierra en forma de un caracol —sugirió un día—. Tal vez tiene un mensaje para el mundo.

Incluso pensaba que Tom podría descifrar el código del caracol utilizando su ordenador.

A veces era muy embarazoso. Nadie podía sentarse en el puf (aunque realmente nadie quería hacerlo), ni siquiera había que moverlo ni limpiarlo. El puf estaba en medio de la habitación como si fuera una reliquia.

Un día les visitó el Círculo de Damas para tomar el té y, cuando la señora Ponsonby-

Froggat estaba a punto de poner su taza sobre el puf, la señora Potter se levantó de un salto y dio un grito.

—¡Cuidado con la baba del caracol!

En seguida se puso a hablar con gran entusiasmo de babas. Después de esto, el resto de las Damas del Círculo se tomó el té con cara de asco; todas presentaron sus excusas y se marcharon.

Cuando los niños y su padre volvieron a casa, encontraron en la mesa, en lugar de la merienda, una gran pila de libros sobre caracoles. Su madre estaba haciendo diagramas de caracoles y mapas laberínticos de ratos de caracol. Otro día la oyeron hablar por teléfono:

—¿Oiga? ¿Oiga? ¿Es el Museo de Historia Natural? Soy la señora Mabel Potter. Quiero hablarles de un extraordinario caracol que tenemos en casa. Traza dibujos en el puf. Deben enviar un experto para investigar... No. No, no es una broma... No. ¡No

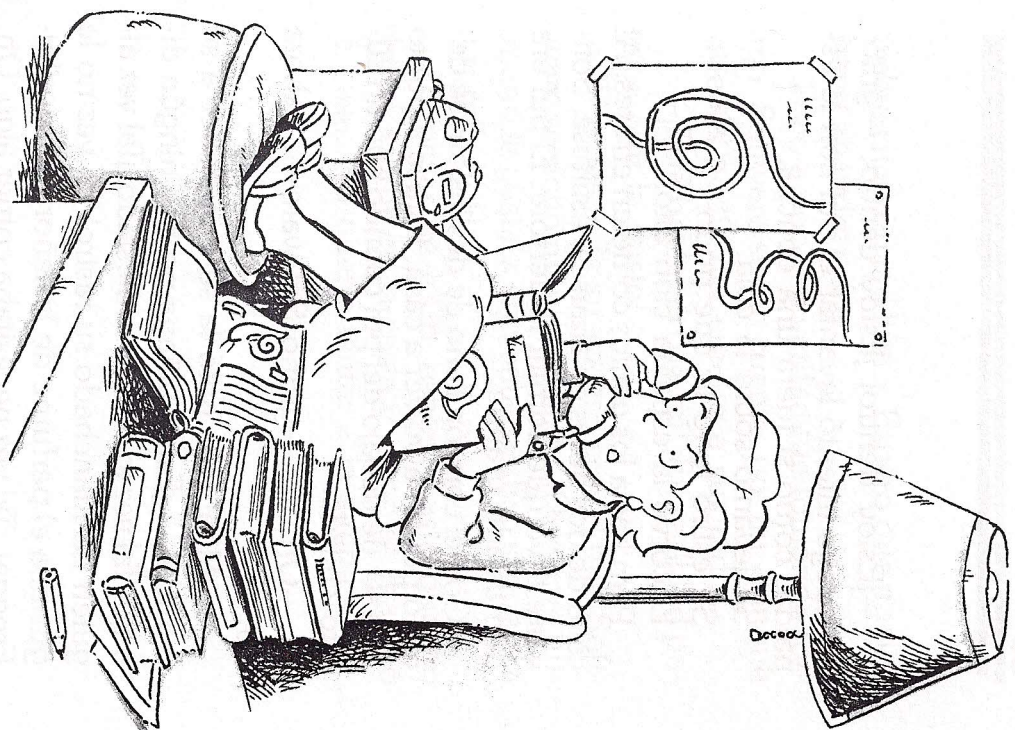
necesito ningún médico! ¿Oiga? ¿Oiga...? ¡Nadal! ¡Me han colgado!

La reacción fue la misma cuando llamó al periódico local y a la estación de radio local, e incluso a la televisión local.

«Gracias a Dios», pensó el señor Potter, «no se le ha ocurrido llamar a la policía.» Mientras tanto, Software empezaba a estar agotada.

Lo intentaba noche tras noche. Trepaba al puf por un sitio y por otro, pero ni siquiera había empezado a lograr sus propósitos. De modo que cada mañana tenía que volver al Agujero a suir las chanzas y las bur-las de Usuario Consumidor y de los demás acerca de su cuerpo pelado, su falta de con-cha y su desnudez decididamente indecente.

Entonces, una noche, en lugar de reptar por la parte superior del puf o por los lados, se las arregló para meterse debajo. Y se encontró dentro de un hueco oscuro, cóncavo y bastante sofocante.



—¡Estoy dentro! ¡Estoy dentro! —gritó.
Luego intentó levantar el puf con la espalda, como si fuera una concha.

Se levantó sobre la cola.

Se estiró todo lo que pudo.

Encontró la espalda bien alto.

Pero hasta los genios cometen errores. Al cabo de dos horas de alzarse y estirarse, Software tuvo que admitir la derrota. El puf era demasiado grande.

Con el corazón lleno de desilusión, se decidió por fin a volver a casa. Estaba a punto de salir de debajo del puf cuando oyó un súbito chillido.

—Oh, no —gruñó Software—. ¡Ahora no!

—¡Mira! —le gritó la señora Potter a su marido—. ¡Esta mañana no hay ningún di-bujó! Tal vez lo hemos molestado. ¡Tal vez alguien ha manchado su rastro! Tal vez no le gustaba el perfume de la señora Ponsonby-Froggat. Tal vez necesitaba comer algo. Oh,

pobre criatura, tan lista... Espero que no nos haya abandonado.

Poco a poco, la verdad fue tomando forma. Software se dio cuenta, por fin, aunque apenas podía dar crédito a sus oídos.

—¡Está hablando de mí! ¡En realidad parece que le gusto!

Y a pesar de su fracaso con el puf, Software se sintió muy consolada. ¡Que a un humano le gustara una babosa! ¡Eso sí que era un milagro!

A pesar de todo, esperó hasta que no hubo moros en la costa y luego se marchó a casa. No quería tentar a la suerte.

Un dilema

—Estoy agotada, pero no derrotada —se dijo Software cuando volvió al agujero aquella mañana.

A causa de las expediciones nocturnas al salón, no había podido conseguir mucha comida. Estaba más bien delgada, para su tamaño.

—Lo que necesito ahora es recuperar las fuerzas —decidió.

Así, durante varias noches salió con el resto de caracoles al jardín a cenar brotes de judías y capullos de tulipán.

Cuando ya había pasado casi una semana sin que aparecieran dibujos en el puf, la señora Potter dedujo que su visitante había desaparecido para siempre. Esto la dejó muy

triste. Pero el señor Potter y los niños estaban encantados. Ya estaban hartos de caracoles. Además, tenían otra cosa en qué pensar.

Pronto sería el concierto del colegio. Betsy estaba muy ocupada practicando con su grabadora, y Tom tenía que aprender algunas canciones. Todos los padres estaban invitados, naturalmente, y la señora Pousonby-Frogat seña la invitada de honor, como alcaldesa y antigua alumna del colegio. También iba a entregar los premios. Todos los niños tenían un premio por una cosa u otras. Betsy iba a obtener un premio por sus buenas notas en gimnasia, y Tom recibía el premio de entusiasmo por los ordenadores.

La señora Potter tenía la sensación de que era una oportunidad. Sabía que era un acontecimiento muy importante para su marido y sus hijos y deseaba demostrar su apoyo. Sacó su mejor sombrero rojo fresa y su mejor traje a juego.

El sombrero era de tipo turbante.

—No creo que esté demasiado pasado de moda —dijo la señora Potter mientras se probaba el sombrero en distintos ángulos—. Creo que me sienta estupendamente.

La noche antes del concierto, la señora Potter cepilló muy bien el traje y el sombrero. Luego los dejó en el sofá del salón, listos para ponérselos al día siguiente.

Ahora bien, dio la casualidad de que aquella misma noche Software decidió que ya estaba bastante fuerte para volver a intentarlo con el puf. Pero cielos, ¡oh cielos! Cuando vio el sombrero... Tenía un aspecto más ligero que el puf. ¡Y parecía mucho más fácil meterse dentro! ¡Y cómo se curvaba dando vueltas y vueltas! Parecía una concha hecha a su medida.

—Debe de haber sido la buena señora Potter —se dijo—. Me lo debe de haber dado como un regalo... ¡E incluso me ha puesto una alfombra roja!

Agradecida y muy emocionada, empezó a reptar por el costado del sofá. Luego fue avanzando lenta y decididamente por el traje hasta llegar al sombrero.

Aunque un sombrero es mucho más pequeño que un puf, para una babosa es algo muy grande. Software necesitaba tener una vista general del sombrero para poder llevarlo en el ángulo que mejor le sentara.

—Hacer las cosas bien es un arte —exclamó—, incluso llevar una concha.

Así pues, reptó por la parte exterior del sombrero hasta que llegó a la cima, donde se paró a tomar aliento. Luego volvió a bajar reptando. Fue un proceso largo y lento. Software estaba muy cansada. Para cuando llegó al interior, estaba tan exhausta y el sombrero era tan acogedor, que se enroscó y se quedó dormida.

Cuando la señora Potter entró en el salón a la mañana siguiente, Software no se despertó.

Y tampoco se despertó cuando la señora Potter lanzó un chillido al ver el brillante y pegajoso rastro a lo largo del traje y por el sombrero.

—¡Oh, animalito! —gritó la señora Potter—. ¡Ha vuelto! ¡Ha dejado un mensaje en el traje y el sombrero! ¡Pero Dios mío! ¿Qué voy a hacer ahora?

Porque la señora Potter se enfrentaba a un dilema.

El señor Potter y los niños ya estaban en el colegio y ella tenía muchísima prisa. Intentó hacer un rápido bosquejo del rastro, pero no tenía tiempo de hacerlo bien. Tampoco podía borrarlo, porque estaba segura de que debía de ser parte del código. Y no podía ponerse ninguna otra cosa.

—No hay otra solución —dijo mientras se peinaba el pelo—. Tengo que ponerme el traje y el sombrero tal cual están. Incluso puede estar muy bien. Quizá alguien se dé cuenta de lo que es; puede que alguien sepa

lo que significa. Cuando lo vea tanta gente, ya no pensarán que soy tonta.

Con mucho cuidado de no borrar el rastro de baba, se puso el turbante rojo en la cabeza. Ahora sí que tenía que correr.

Y así, aunque ni Software ni la señora Potter lo sabían, ¡una babosa iba a asistir a un concierto!

7 Todas las criaturas, grandes y pequeñas

Había un asiento vacío en la primera fila de la sala de actos. Estaba reservado para la señora Potter. Su esposo estaba en los pasillos, haciendo de acomodador.

Entre el asiento vacío y el director estaba la señora Ponsohby-Frogatt, con una sonrisa expectante en la cara. El concierto estaba a punto de empezar.

Y justo en ese momento apareció la señora Potter, jadeando, sin aliento. Nadie dijo nada, ¡pero todos pensaban cosas!

—Rojo fresa —empezó alguien—. Hay gente a la que le gusta llamar la atención.

—Hilos de plata —dijo otro—. Y qué di-
bajo más raro.

—¡Llega tarde! —exclamaron algunos
otros.

—Parece un pastel —exclamó un niño.
El señor Potter miró a su esposa, que ya
había visto el sitio vacío, y se estremeció ho-
rorizado. ¡Pero si parecía cubierta de mocos!
Betsy y Tom se retorcieron de vergüenza
en el escenario. Lo que más deseaban en ese
momento era una madre como las madres
de los otros niños.

El director alzó las manos. La música co-
menzó. Y entonces se despertó Software.

—¿Dónde estoy? —se preguntó—. ¿Y
qué es ese ruido tan peculiar?

—Todas las cosas, brillantes y hermo-
sas —cantaban los niños.

Un segundo después, más o menos, al-
gunas de las personas que estaban sentadas
detrás de la señora Potter advirtieron algo
muy raro.



Al principio abrieron mucho los ojos con sorpresa.

Luego se quedaron con la boca abierta. Luego empezaron a lanzar risitas.

A las risitas siguieron los codazos. Y de los codazos pasaron a señalar con el dedo. Los dedos atrajeron más miradas. Y como resultado, se oyeron más risitas que nunca.

—Todas las criaturas, grandes y pequeñas —cantaban los niños en el escenario, preguntándose qué sería tan gracioso.

Las risitas crecían y crecían.

La señora Potter se preguntó qué pasaba y se volvió hacia la señora Ponsonby-Froggat.

La señora Ponsonby-Froggat se preguntó qué pasaba y se volvió hacia la señora Potter. Y se quedó mirándole el sombrero totalmente atónita. Sabía distinguir el rastro de un caracol de un hilo de plata, porque ya había visto antes el rastro de un caracol en un puf.

Y lo que vio después fue mucho peor. Por un lado del sombrero asomó una bonita babosa marrón con los tentáculos extendidos que echó una ojeada a la señora Ponsonby-Froggat y luego se escondió entre los cabellos de la señora Potter.

—Todas las cosas, sabias y maravillosas —seguían cantando los niños a una.

Se oyó un grito espantoso y un golpe sordo muy fuerte. ¡Pobre señora Ponsonby-Froggat! Se había caído al suelo desmayada.

Sí, pero ...

M menudo jaleo había en el coche al volver a casa! Software lo escuchó todo. El señor Potter hablaba alocadamente y regañaba a gritos a su esposa por llegar tarde, por hacerle quedar en ridículo y por estar totalmente chiflada.

Los niños gruñían y refunfuñaban, porque las risitas habían echado a perder el concierto y les habían hecho desafinar. Y luego, cuando se llevaron a la señora Ponsonby-Froggat, se quitó la mesa de premios. Los premios estaban todos embrollados y tuvo que repartirlos el director. Y así, Betsy había terminado con el premio de los zapatos más limpios y Tom había obtenido el premio al orden.

Software deseó poder participar.

—¿Y yo qué? —quería decir—. ¿Cómo creéis que me siento yo? ¡Me he despertado de la siesta en un mar de caras humanas! Casi me muero del susto.

Aunque finalmente pensó que era mejor aborrazarse el discurso para los caracoles.

La señora Potter no dejaba de decir que lo sentía, que no había querido estropear nada, que no tenía ni idea de lo que había provocado tantas risas y que, si el señor Potter no la hubiera sacado de allí tan deprisa, habría tenido la ocasión de averiguarlo. Pero los otros siguieron gruñendo y gruñendo hasta que la pusieron de muy mal humor. Software sintió que la piel de su cuello se tensaba y los pelos se le ponían de punta. Se estremeció e intentó no estornudar. Cuando la señora Potter se ponía de mal humor, no era fácil calmarla.

—¿Hay o no HAY un caracol en nuestro salón? —dijo ella con los dientes apretados.

—Sí, pero...

—¿Y dibuja o NO dibuja cosas en nuestro puff?

—Sí, pero...

—Dibujos EXTRAordinarios y maravillosos.

—Sí, pero...

—Y esos dibujos, ¿demuestran o NO una inteligencia, un propósito?

—Sí, pero...

—¿ES o NO ES increíble?

—Sí, pero...

—¡JUSTAMENTE! ¡Y lo único que yo hago es darne cuenta de eso! ¡Y vosotros deberíais daros cuenta también!

—Sí, pero...

—Lo que pasa es que vosotros les tenéis rabia a los caracoles. Pero éste es un GENIO, os lo digo yo. Tú has dado muchas clases en el colegio. Dibujar líneas rectas con una regla y todo eso está muy bien, pero no sabes pensar. Vuestras ideas son de lo más vul-

gares. Está ocurriendo algo extraordinario en nuestra casa y lo único que yo hago es darme cuenta de ello.

—Pero mamá —protestó Tom—, ¡parece que tienes el sombrero lleno de MOCOSI!
—¡No digas esas cosas! —exclamó la señora Potter.

Y durante el resto del trayecto, la familia Potter permaneció en silencio. Sólo cuando salieron del coche, la señora Potter murmuró:
—Pobre señora Ponsoby-Froggat. Me pregunto por qué se habrá desmayado.

En cuanto al señor Potter, estaba rumiando su venganza. ¡Era la guerra contra los rastos de baba!

9 Sígueme

Cuando la señora Potter se cepilló el pelo aquella tarde, nadie advirtió el suave plop que hacía una pequeña criatura marrón al caer al suelo.

Software se encontraba en un entorno extraño. Nunca había estado en ese dormitorio. Deseaba con toda su alma quedarse y tener unas palabras con la señora Potter, ya que uno de los «sí, pero...» lo había dicho ella. Pero lo que de verdad quería era darle las gracias, porque había una cosa que le había gustado muchísimo, que le había gustado incluso más que oír decir que era un genio. Aunque la señora Potter nunca la había visto, de una forma u otra lo sabía. Se había dado cuenta de que era un caracol. Lo había dicho más de una vez.

¡Qué lista era la señora Potter! ¡Era maravillosa! Se había ganado su amor eterno. Software deseaba que hubiera alguna forma de demostrarlo, pero sabía que de momento no podía ser. Puede que al señor Potter no le gustara.

Ardía en deseos de contárselo a los demás caracoles, de modo que se fue a casa. Atravesó el rellano de la escalera y luego todos los escalones, hasta llegar al sótano. Era un camino nuevo. Para volver al Agujero tuvo que recorrer una enorme viga que atravesaba todo el techo del sótano y sostenía el suelo del piso de arriba.

Software iba reptando y, de pronto, advirtió algo alarmante. La viga estaba llena de carcoma. Estaba tan acribillada de agujeros, que en un punto se había desintegrado hasta convertirse en polvo. Software se puso a pensar.

—Si la viga se rompe, entonces el suelo que hay encima de ella se caerá. Si el suelo

de encima se cae, entonces el techo que hay encima de él se caerá. Y si el suelo de encima se cae, entonces el tejado se desplomará.

Y aquella verdad la golpeó como un puñetazo. ¡La familia Potter estaba en peligro! ¡Su casa estaba a punto de desplomarse! ¡Software se estremeció al pensarlo. Los Potter podían quedar espachurrados! ¡Podían quedarse tan planos como una tabla! Había que hacer algo. Y entonces a Software se le ocurrió una idea estúpida. ¡Y no había un minuto que perder!

Mientras tanto, y aunque ya era muy tarde, Betsy y Tom seguían despiertos intentando también que se les ocurriera algo. Tenían que lograr que su madre recuperara el juicio. Tenían que conseguir que dejara de pensar en caracoles y pensara en ellos.

—Podrías despertarte por la mañana muerta de dolor —dijo Tom—. Podemos decir que tienes apendicitis. Yo te pintaré toda la cara de verde.

—Eso no daría resultado —dijo Betsy—. Ya lo intenté una vez que no quería ir a casa de la tía Mary. Me pinté puntos rojos para que pareciera el sarampión. No me dieron de comer en todo el día. ¿Por qué no haces algo horrible mañana en el colegio para que te expulsen? Eso la sacaría de su obsesión.

—Yó no quiero que me expulsen.

Los niños reflexionaron un rato.

—¡Y pensar que nos echaron la culpa a nosotros! —dijo Betsy indignada—. Pensaban de verdad que por la noche bajábamos a escondidas...

—¡Eso es! ¡Tú lo has dicho! ¡Eso es justamente lo que vamos a hacer! Bajaremos y esperaremos.

Así, cuando se aseguraron de que sus padres estaban dormidos, Betsy y Tom bajaron con cuidado las escaleras y entraron al salón con una linterna. ¡Iban a atrapar a aquel fastidioso caracol!

No tuvieron que esperar mucho, porque

Software estaba dándole el toque final a su estupenda idea. Había ido directamente del sótano al salón, y con su mejor baba había escrito una simple orden. Allí estaba escrita en el puf, con letra brillante y muy junta: «Sígueme.» La idea era que la señora Potter leería el mensaje por la mañana y seguiría su rastro hasta la viga podrida. Pero ahora estaban ahí los niños. ¿Leerían su mensaje? ¿Seguirían su rastro?

Bajo la débil luz de la linterna, los niños no vieron el «Sígueme». Lo que vieron fue una bonita babosa marrón que se arrastraba por el suelo.

—¡Miral! —susurró Betsy—. ¡Ahí está!

—¡Pero no es un caracol!

—Es una babosa. ¡Una babosa pegajosa!

—¿La aplastamos?

—No —dijo Betsy—. Puede que haya más. Vamos a ver a dónde va.

—Luego la meteremos en alcohol y se la daremos a mamá.

A Software no le gustó nada lo que oyó, e intentó acelerar el paso. ¡O sea, que ella se esforzaba por salvarles la vida, y ellos hablaban de meterla en alcohol! Debería abandonarles a su destino. Pero entonces pensó en la señora Potter. Ella se merecía algo mejor. Tendría que hacer lo que pudiera, incluso a riesgo de su vida. Software reptó y reptó mientras los niños la observaban y esperaban.

Pero los niños estaban cansados y les fue imposible mantener los ojos en los lentos movimientos de una babosa durante toda la noche.

Tom fue el que se durmió primero, dejando caer la cabeza sobre el puf. Y Betsy le siguió poco después.

Cuando se despertaron por la mañana, no se veía a Software por ninguna parte. Tampoco había ningún «Sígueme». Lo único que había era un manchurrón de baba.

10 Baba de babosa

El señor Potter se despertó con una pesadilla. Estaba soñando que le metían en un bote de alcohol y que unas babosas y caracoles gigantes le miraban fijamente con una lupa.

Era un sueño de lo más espantoso.

Pero le dio una buena idea.

Todavía era muy temprano y la señora Potter estaba durmiendo. El señor Potter bajó con cuidado las escaleras, entró al cobertizo y cogió veinte botes de mermelada vacíos. Luego fue al armario y sacó cuatro botellas de cerveza.

Al señor Potter le gustaba la cerveza. Y a las babosas y a los caracoles también. El señor Potter fue cavando con una pala

pequeños hoyos en distintas partes del jardín, en los que enterraba hasta el cuello un bote de mermelada vacío. Luego llenó todos los botes de cerveza.

—¡Se acabaron los chinches en el jardín! —masculó sombríamente—. ¡Y ahora vamos a por el bicho del salón!

Pero el señor Potter encontró en el salón a Betsy y Tom, profundamente dormidos. Estaban repantingados encima del puf, que se encontraba totalmente manchado de baba.

El señor Potter frunció el ceño.

—¿Qué...? —dijo despertando a los niños—. ¿Era...? ¿Vosotros...? —se quedó sin habla y señaló la baba.

Betsy y Tom necesitaron un rato para convencer a su padre de la verdad: que habían bajado a hurtadillas por la noche para hacer un importante descubrimiento. El culpable era una babosa, no un caracol.

Una lenta sonrisa se extendió por el ros-

tro del señor Potter. Tenía en los ojos un brillo travieso.

—¡Id arriba a decírselo a vuestra madre —dijo—. Anda, id a decírselo.

Unos momentos después, Betsy y Tom estaban en un extremo de la cama mientras que su madre se incorporaba de un salto al otro lado. Tenía en la cara una expresión muy rara, como si alguien le hubiera metido en la boca una enorme patata caliente y ella no pudiera ni masticarla ni tragársela.

—¡UNA BABOSA! —decía con gran conmoción—. ¡Me estáis diciendo que eran babas de BABOSA!

Los niños asintieron.

—¿Pretendéis decirme que durante todo este tiempo he tenido replando por mi salón a una desagradable, asquerosa, sucia, horrible y nauseabunda babosa pequeña y gorda?

—No, mamá, no estaba gorda. En realidad estaba bastante delgada para ser una ba-

bosa —dijo Betsy—. Y no era tan pequeña, más bien...

—¡AAAAAAGHI! —exclamó la señora Potter—. ¡Ni me pronunciéis la palabra *babosa!* —y entonces se le ocurrió otra cosa—. ¡¿Y pretendéis decirme que el otro día fui a la fiesta del colegio con todo el sombrero lleno de babas de BABOSA?!

Los niños se quedaron quietos y en silencio. Había algo enloquecido en la expresión de su madre. Sus gestos eran tan frénéticos que empezaban a sentirse un poquito preocupados.

—Oh, no es tan malo, mamá —dijo Tom—. Una babosa es casi lo mismo que un caracol. Lo único es que no tiene concha.

—Hay una diferencia ABISMAL entre una babosa y un caracol —dijo la señora Potter estremeciéndose de la cabeza a los pies—. Los caracoles van decentemente cubiertos. A los caracoles se les puede ver y se les puede coger. ¡Pero las BABO-

SAS! Las BABOSAS son simplemente... ¡AAAAAAGHI! —y se levantó de un salto para vestirse.

Bajo dispuesta a ponerse al trabajo inmediatamente. Tiró a la basura el sombrero rojo fresa y el traje, ya que no podía soportar la idea de volvérselos a poner. Quitó todo lo que había en el salón, cortinas, cojines, manteles, y lo echó a lavar. Y el puf hubo que lavarlo en seco urgentemente.

Su madre se pasó el resto del día lavando, barriendo, cepillando, fregando, pasando la aspiradora, quitando el polvo y sacando brillo. Farfullaba todo el rato sobre las babosas.

—Estamos ante la OPERACIÓN EXTERMINIO —dijo Tom.

—Misión: TODAS LAS BABOSAS EVACUADAS —dijo Betsy.

Software escuchaba desde el Agujero todo el jaleo de golpes y se preguntaba qué pasaría.

—Oh cielos —se dijo—, parece que no ha recibido mi mensaje.

Había ido a mirar la viga otra vez y parecía más peligrosa que nunca. Empezaba a aparecer una grieta. En cualquier momento la casa se vendría abajo.

Intentó despertar a los caracoles para ver si podían ayudar, pero todos estaban profundamente dormidos.

—Nada —dijo Software tristemente—. Tendré que hacer algo drástico. Tengo que ir en persona, tendré que presentarme.

Software pensó que no podía ser tan malo. Aunque sabía que los humanos odian a las babosas, también sabía que a la señora Potter le gustaba. ¿No había dicho que era un genio? ¿No se había dado cuenta de que ella era un caracol a pesar de no tener concha? Lo único que tenía que hacer era entrar reptando al salón, hacer que la vieran y luego llevarles hasta la viga rota.

Y Software salió valientemente.

11 Doble problema

Un súbito silencio cayó sobre la casa. Betsy y Tom se quedaron quietos un momento, escuchando el silencio desde el salón. Pensaron que más valía ir a ver qué pasaba.

Vieron a su madre quieta como una estatua, mirando con los ojos muy abiertos y vidriosos algo que había en el suelo.

Y eso que había en el suelo era Software, que avanzaba lentamente hacia ella moviendo los tentáculos extendidos.

Lo que pasó entonces fue tan rápido que casi no se vio.

Su madre ahogó un grito y encendió la aspiradora. Apuntó con ella a Software y la aspiradora se la tragó.

¡ZLUUURRRRRUUUUPI!

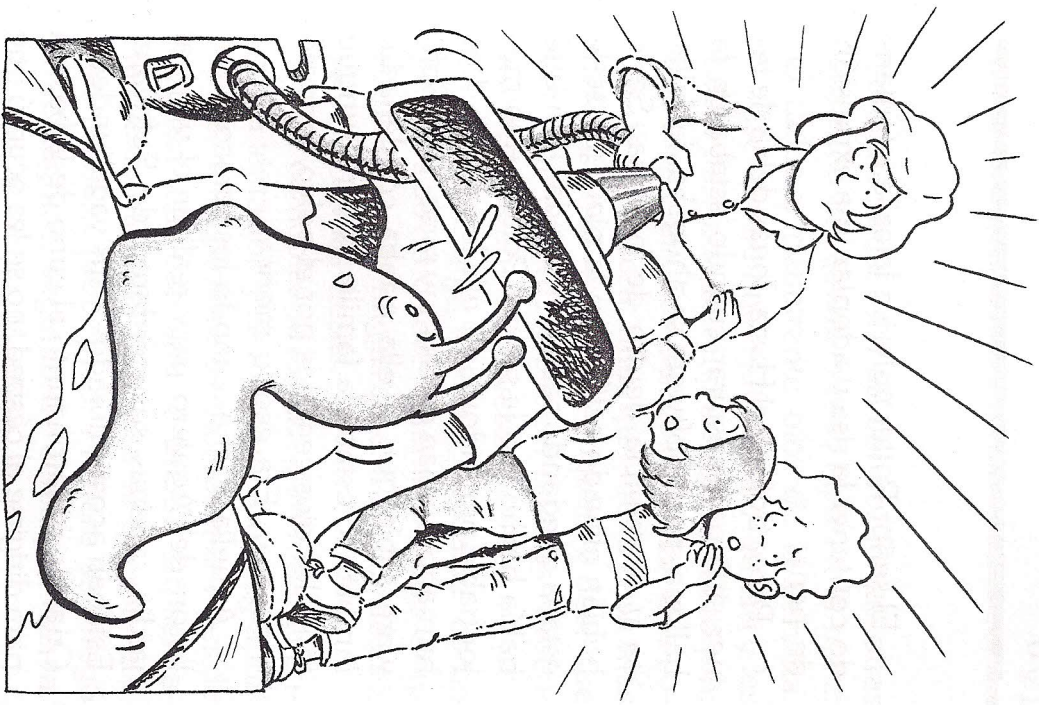
—Oh, mamá —dijo Betsy que entró corriendo en la habitación—. ¿Por qué has hecho eso?

Tom estaba horrorizado.

—Un genio es un genio —dijo sin aliento—, sea una babosa o un caracol. Pero su madre temblaba totalmente con mociónada. El señor Potter le trajo una taza de té y le dijo un montón de cosas para tranquilizarla, poniendo cara de comprensión.

—Yo me libraré de ella, cariño —dijo mientras sacaba la bolsa de polvo de la aspiradora—. Una babosa tan, tan inteligente —susurró dando un salto hacia la puerta trasera—. Una babosa brillante, una gran artista —dijo con una risita mientras iba hacia la basura dando brincos por el patio—. Es una lástima que todo termine así —exclamó dando un vivaracho salto final.

Y entonces tiró la bolsa a la basura. «Clang!, ¡bang!», hizo la tapadera.



El señor Potter volvió a la casa intentando contener la risa y adoptar una expresión de pena.

¡Pobre Software! Hasta Jonás debía de tener sitio para respirar cuando estaba en la ballena, pero Software se ahogaba, fartullaba y se retorció dentro de la bolsa. Se le habían clavado astillas en la piel, que se le estaba quedando seca y arrugada. ¿Por qué había hecho eso la señora Potter? A lo mejor había pensado que a ella le gustaría. Los humanos hacían cosas muy raras. Pero Software sabía que si ella estaba condenada, también lo estaba la familia Potter. Aunque tenía los ojos cegados por el polvo, empezó a excavar. Era eso, o morir.

Aquella noche, cuando los caracoles salieron del Agujero para realizar el viaje al jardín, apenas se acordaron de Software. Estaban acostumbrados a sus vagabundeos. Cuando pasaron junto al cubo de la basura para dirigirse al césped, no se les ocurrió que

Software podía estar allí dentro. Tenían otras cosas en la cabeza, o más bien en la nariz: el dulce y penetrante olor de la cerveza.

Ese olor se había filtrado al Agujero y les había despertado muy temprano. Pero ¡oh, qué tormento! Los caracoles sabían dos cosas de la cerveza: una, que era la cosa más deliciosa que uno podía engullir, y dos, que era muy peligrosa. Sabían que los caracoles se ahogan en cerveza.

—Tedéis que tapados la dariz, como yo —les advirtió severamente Usuario Consumidor—. Do hagáis caso. Ed lugar de eso, pedsad en las fresas.

Los caracoles se las arreglaron para vencer la tentación y se mantuvieron muy apartados de los profundos charcos marrones de cerveza. Las babosas no fueron tan sensatas. Durante toda la noche se oyeron suaves ruiditos: plop, plop. Primero se ahogó Cuentagotas, seguido de cerca por Saliva. Luego le tocó a Mechón.

Ya casi había amanecido y era hora de volver al Agujero, cuando Walkie-Talkie se metió en problemas. Se había puesto morado de semillas de guisante y tenía la garganta muy seca. No pudo evitar pensar en lo estupendo que sería poder regarlas con cerveza. Sólo un sorbito, claro. ¡Sólo un pequeño sorbito!

De no haber sido por Usuario Consumidor, habría corrido la misma suerte que las babosas. Los sorbitos ya se habían convertido en enormes tragos cuando Usuario Consumidor vio lo que estaba haciendo y rápidamente lo apartó a la fuerza de la cerveza.

Pero Walkie-Talkie se había emborrachado y estaba de lo más parlanchín. Durante todo el viaje de regreso al Agujero estuvo remoloneando y parándose a decir «Buenos días» a todo el que se encontraba por el camino.

—Buenos días —les dijo Walkie-Talkie a los gusanos.

—Buenos días —le dijo a la grava de los senderos.

—Buenos días —le dijo a un gran tordo moteado.

¡Oh, qué terrible error!

Aunque al tordo no le pareció un error, naturalmente. Nunca había visto un desayuno tan amistoso. Lo cogió con el pico rápidamente.

«¡Placl! ¡Placl! ¡Placl!»

Moviendo la cabeza bruscamente, el tordo lo aplastó contra una piedra.

«¡Crack! ¡Crack! ¡Crack!», hizo la concha de Walkie-Talkie, mientras los demás caracoles miraban sin poder hacer nada.

«¡Chacl! ¡Chacl! ¡Chacl!» hizo el salvaje pico del tordo mientras picoteaba al caracol hasta matarlo. Y luego se lo comió. Lo único que quedó del pobre Walkie-Talkie fueron algunos trozos rotos de la concha... ¡Ah, y un tordo borracho!

El gran debate de los caracoles

Betsy y Tom lo vieron todo.

Habían pasado una noche horrible pensando en la muerte seca y polvorienta que tendría que sufrir la babosa en la basura. Se había acercado a su madre de una forma tan amistosa, que ahora no podían evitar sentir pena. Y también se sentían un poco culpables. Habían decidido levantarse temprano y abrir un poco la tapa de la basura, para que al menos tuviera la oportunidad de escapar. Y justo cuando estaban atravesando el patio de puntillas, oyeron al tordo picoteando su desayuno.

Observaron, fascinados y horrorizados, la rápida y fiera acción del tordo.

—Por lo menos ha tenido una muerte rápida —dijo Tom.

—No como la pobre babosa —se lamentó Betsy.

Software escuchaba desde el cubo de la basura.

Había pasado casi toda la noche excavando a ciegas, con la piel tan seca como una piedra pómez. Por suerte, en el cubo había alguna basura húmeda. La basura húmeda empapó la bolsa de la aspiradora, que finalmente acabó rompiéndose. Software se refrescó con un trozo de lechuga blanda antes de empezar a subir hacia la tapa.

Pero para una pequeña babosa, levantar la tapa de un cubo de basura era más difícil que intentar levantar un puf. Software empujó, tiró y golpeó, pero no consiguió nada de nada. No dejaba de pensar en la casa de los Potter. ¡Podía caerse en cualquier momento!

Entonces Software oyó un ruido sonoro,

como un chasquido, y luego las voces de Tom y Betsy.

—¡Dejadme salir! —gritó con todas sus fuerzas.

Y como si la hubiera oído, Tom levantó la tapa.

—Ya está —le decía a Betsy—. La voy a poner un poco torcida, para que pueda respirar y por lo menos tenga una oportunidad de escapar. Mamá no se dará ni cuenta.

Software esperó a que se hiciera el silencio y luego salió reptando por la abertura.

Aquella mañana los caracoles llegaron al agujero muy tristes y Software llegó exhausta y preocupada.

—¡Cielos! Me alegro de veros —saludó Software a los caracoles. Y les contó toda su terrible aventura, lo de la viga rota y el peligro que corría la familia Potter—. Tenéis que ayudarme a salvarles —dijo.

Usuario Consumidor estaba pasmado. No dejaba de pensar en Walkie-Talkie y en que

habría sido mejor que se ahogara en cerveza. Sabía que la culpa era de los humanos y ahora Software quería que le ayudaran a salvarlos.

—¡Humanos! —dijo con indignación—. ¡Quieres que te ayudemos a salvarlos!

—¡Eso es! —dijo Software con apremio—. He intentado hacerlo yo sola, pero he fracasado. Lo que tenéis que hacer —prosiguió— es incordiarles. Tenéis que venir conmigo al salón y dejar babas por toda la habitación. Entonces pensarán que sois un engorro y os buscarán. Así encontraran la viga. Y entonces la arreglarán. ¡La casa estará a salvo! —dijo sacando el pecho con orgullo, complacida con su inteligente plan. Los caracoles se habían quedado casi sin habla.

—¿Y nosotros qué? —dijo Rebobinado Rápido—. ¿Qué pasará cuando encuentren nuestro Agujero? ¡Nos espachurrarán entre chasquidos y crujidos!

—No —dijo Software—. Puede que no miren en el Agujero. Y aunque miren, estarán tan contentos de que les hayáis salvado la vida, que os dejarán quedaros aquí para siempre.

—Pues a mí me gustaría saber qué han hecho los humanos por los caracoles —dijo Disco Duro.

—¿Quién crees que cría la lechuga que comes? —dijo Software—. La señora Potter, ella es quien la cría. Y las fresas. Y los guisantes. ¿Y quién riega el poyo de piedra en verano y mantiene el Agujero agradable y húmedo? El señor Potter.

—No lo hace por nosotros —dijo Primer Plato—. Lo hace por sus preciosas plantas.

—¿Y quién se come sus preciosas plantas? —dijo Software.

—Y en cuanto a esos niños espantosos... —dijo Mesa Camilla.

Y entonces le contó a Software lo de Walkie-Talkie, que se había emborrachado de

cerveza y se lo había comido un tordo, y cómo los niños se habían quedado mirando.

—¡Pero los niños me salvaron la vida! —protestó Software.

—Eso es porque tú misma te parecees un poco a los humanos —dijo Usuario Consumidor—. Tienes la piel suave y desnuda, como ellos. Incluso parecees pensar como ellos. ¡Aj! Los humanos son como babosas. ¡A los caracoles nos ponen los pelos de punta!

Software empezaba a preocuparse. Los caracoles estaban enfadados. Iba a necesitar todas sus dotes de persuasión.

—En realidad —dijo lenta y pensativamente—, los humanos se parecen más a los caracoles, porque ¿qué es esta casa? Pues es una concha —y pensó con nostalgia en el puf.

Al fin y al cabo, si los humanos podían escoger conchas mucho más grandes que ellos, ¿por qué ella no?

—No es lo mismo —dijo Babucha Izquierda—. Ellos no llevan la casa a la espalda.

—Hacen lo que pueden —dijo Software—. Siempre están entrando y saliendo de los coches.

Software discutió y discutió, pero no había nada que hacer. Todo el mundo quería irse a dormir. Incluso Software quería irse a dormir.

Y uno de sus sueños le dio una brillante idea. Cuando se despertaron los caracoles, ya lo habían olvidado todo y se preparaban para la excursión de la tarde. Entonces Software se lo planteó.

—¿Cerveza? —dijo vivazmente—. ¿Alguien ha dicho algo de cerveza?

—Oh, vete a meter la cabeza en un bote de mermelada —replicó Usuario Consumidor—. Concédete una muerte dulce.

La fiesta de la cerveza

En el jardín había un penetrante olor a cerveza, deliciosamente dulce y embriagador. Los caracoles, entristecidos por la suerte de Walkie-Talkie, hicieron todo lo posible por mantenerse alejados. ¡Pero, oh, qué difícil era!

—Necesitáis animaros —dijo Software— ¿Qué os parece una deliciosa cerveza?

—¡Muy graciosa! —dijo Usuario Consumidor con sarcasmo—. ¿Pero tú no deberías estar haciendo de Sansón sosteniendo la casa?

Los caracoles no estaban preocupados por la casa. Su Agujero no quedaría afectado, y en cualquier caso, a los caracoles les encantan las pilas de escombros.

Software no se achicó.

—Lo que hace falta es engordar y desparramar.

—¡Eres muy cruel! —se lamentó Mesa Camilla.

—No me refiero a ti —dijo Software—. Hablo de la cerveza. Verás, la cerveza está justo debajo del borde de los botes. Uno se inclina para beber un sorbo, la cerveza se le sube a la cabeza y ¡hop! ¡Te ahogas!

—Cierra el pico, listilla —dijo Primer Plato.

—Pero si yo subiera el nivel de la cerveza hasta el borde, de modo que se derramara por los lados, todos podríais emborracharos a salvo. ¡Podríais celebrar una fiesta de la cerveza!

Aquello fue demasiado para Babucha Izquierda, que le miró sin dejar de masticar tristemente.

—¿Y cómo lo conseguirías? —preguntó.

—Es muy fácil —dijo Software—. ¡Mirad!

Cerca de uno de los pozos de cerveza había varias piedras.

¡Plop! ¡Plink! ¡Plas! Software las fue empujando hasta colarlas dentro. El nivel de la cerveza subió.

—Eso es lo que quería decir con lo de engordar —dijo, y siguió tirando piedras.

¡Slip! ¡Slap! ¡Slap! La cerveza se salió chapoteando por los bordes y salpicando la cara de Babucha Izquierda. Babucha Izquierda se relamió. Luego más cerveza salpicó a Mesa Camilla, que chupó las gotas vorazmente. Rebobinado Rápido se acercó y luego se acercaron todos los caracoles. Incluso Usuario Consumidor lamía sin cesar.

—¡Y eso es lo que quería decir con lo de desparramar! —dijo Software triunfalmente.

Los caracoles pronto cogieron la idea. Cuando se vació el primer bote, echaron piedras a otro. Primero pusieron una alfombra de hojas para que no se perdiera en la tierra ni una gota de cerveza. ¡Oh, qué ma-

nera de tragar y tragar! Y qué forma de eructar y chupetear! Algunos insectos del jardín se unieron a la fiesta.

—¡Espacio, espacio, deprisa, deprisa, despacio! —decía Rebobinado Rápido, intentando bailar un foxtrot con un ciempiés.
Usuario Consumidor se inventó una canción.

«Pobre Walkie-Talkie que perdió la vida,
y no puede darle a la bebida.
Pero nosotros sí bebemos
y borrachos nos ponemos.
¡Viva Software! ¡Viva!»

Los otros caracoles no podían cantarla a derechas.

—Pero nosotros sí mememos —cantaba Rebobinado Rápido.

—Nosotros sí babamos —cantaba Disco Duro.

Hasta que ninguno de ellos pudo hacer



nada a derechas y todos se pusieron a fallar y a barbotar entre risas.

—¡Choftware, erech un gggenio! —balbuceó Usuario Consumidor—. A pechar de que no tengach concha. ¡Echta noche puedech cher uno de NOCHOTROCHI! —añadió mientras sacudía amistosamente la cabeza.

Pero Software estaba más sobria que un cubito de hielo.

—¿Qué tal una sorpresa? —le dijo a Usuario Consumidor—. ¿Una excursión misteriosa?

—Lo que tú digach, Choftware —barbotó Usuario Consumidor, tambaleándose a su lado—. Ya no queda chervecha.

La Luna brillaba muy arriba en el cielo. Software dirigió la marcha. Los caracoles la seguían entre hipos y risitas, totalmente borachos y felices.

Y ya podéis imaginar dónde acabaron. ¡En el salón, naturalmente!

—¡Eh! ¡La alfombra pical! —dijo Babucha Izquierda.

—No importa, podéis subir por las paredes —dijo Software—. Vamos. Rizad el rizo. Jugad al corro. Bailad la conga. Montad un buen jaleo.

A Software no le hizo falta repetirlo dos veces.

Todas las paredes, toda la alfombra recién lavada, todas las cortinas recién limpias quedaron emborronadas de baba de caracol boracho. ¡Unas babas cargadas de cerveza! Software lo supervisaba todo encaramada en el puf, con un ojo puesto en los rastos de babas y el otro en el reloj.

—¡Escuchad! —indicó cuando ya casi era de día—. He oído el clop-clop de un enorme zapato.

Los caracoles no hicieron ni caso.

—¡Ya basta! —gritó Software—. ¡Los humanos ya se están levantando! ¡Fuera todos! —¡Aguafiechtach! —dijo Usuario Consu-

midor, que encabezaba a unos cuantos caracoles que bailaban la conga.

—¡Oooooh! Ponte en el centro —dijo otro grupo que jugaba al corro.

Aunque los caracoles habían empezado bastante despacio, ya estaban de lo más metidos en el jolgorio.

—¡Al refugio! —gritó Software, al oír que alguien bajaba las escaleras.

Pero no sirvió de nada. Los caracoles no la escucharon. Estaban pasando el mejor rato de su vida.

14

La huida milagrosa

Aquella mañana el señor Potter le dijo a su esposa en el desayuno:

—¿No has oído unos ruidos raros esta noche?

—Es curioso que me lo preguntes —dijo la señora Potter—. He oído una especie de crujido.

—Y yo he oído un crujido muy raro —exclamó Tom.

—Pues a mí me parecía más bien como si algo se resquebrajara —dijo Betsy.

Hubo una pausa. Todos se miraron unos a otros.

—Tal vez tenemos una grieta.

—Y a lo mejor se está cayendo la casa —bromeó Betsy.

—No seas tonta —dijo su padre—. De todas formas, echaré una ojeada a la antena de televisión. Puede que se haya soltado.

Y salió de la casa dejando la puerta abierta.

—O puede que fuera una avalancha de hollín —dijo la señora Potter—. Ya nos pasó una vez y fue un desastre terrible. Voy a mirar la chimenea —añadió abriendo la puerta del salón, dispuesta a ver lo peor.

Pero lo que vio fue mucho peor que lo peor.

Había caracoles por todas partes. Caracoles por las paredes, caracoles colgados de la lámpara, caracoles en las cortinas, caracoles reptando por la alfombra, caracoles en los cojines y en las sillas.

Había un grupo de caracoles en círculo y otro grupo formando una larga y sinuosa línea.

Ahora fue la señora Potter la que se desmayó.

—¡Deprisa! Todos a esconderse debajo del pufi —les gritó Software a los caracoles.

Les habían sorprendido con las manos en la masa y estaban tan asustados, que salieron literalmente disparados. Para cuando entró en la habitación el señor Potter y empezó a abanicar a su esposa con el periódico, no había ni un caracol a la vista.

—Trae un poco de agua fría, Betsy —gritó el señor Potter.

Luego le echó el agua a su esposa por la cara. Ella abrió los ojos muy despacio y entonces lanzó un grito bien fuerte.

—Toma, bebe un poco —dijo el señor Potter.

—H-h-había c-c-caracoles, por toda la h-h-habitación —dijo la señora Potter con voz débil y temblorosa.

—Deben de ser simples alucinaciones, cariño —dijo el señor Potter—. Debían de ser puntitos delante de los ojos.

—Pues eran puntitos muy grandes...

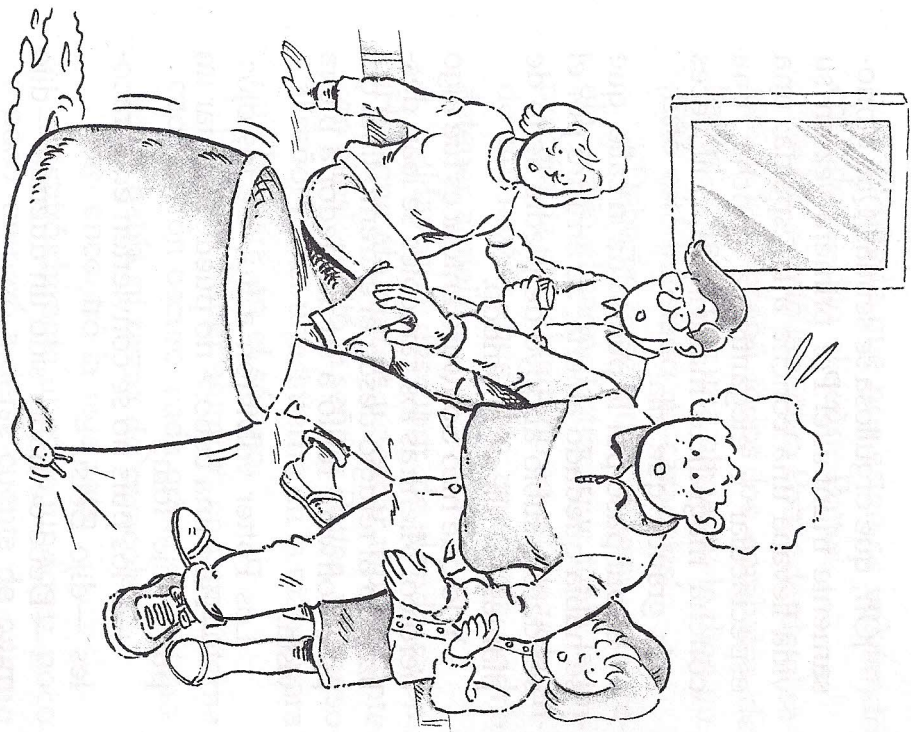
Pero antes de que la señora Potter pudiera decirle que los puntitos tenían cabeza, pasó algo verdaderamente sorprendente.

El puf se levantó y echó a andar.

Se levantó muy, muy despacio y empezó a deslizarse lentamente ante la mirada atónita del señor y la señora Potter. Atravesó la puerta del salón y salió al pasillo, donde estaban Betsy y Tom.

Los Potter se frotaron los ojos. En un extremo del puf había una cabeza, y en el otro una cola diminuta. La cabeza pertenecía a Software, la cola a Disco Duro. Pero eso no lo sabían los Potter: ¡Ni tampoco sabían que un puf pudiera dejar un gigantesco rastro de babal!

Porque lo que una babosa no había conseguido ella sola, había podido hacerlo con un grupo de caracoles. Con un tremendo esfuerzo, habían levantado el puf del suelo y ahora se lo llevaban. Software dirigía el camino.



¡Oh, qué orgullosa se sentía! ¡Qué gloriosamente triunfante! Por primera vez en su vida llevaba una concha a la espalda: una espectacular y elegantísima concha, una concha magnífica, maravillosa, ¡mil veces más grande que ella!

El puf pasó por la puerta de la calle, que se había quedado abierta, se arrastró por el sendero y subió al poyo de piedra lleno de plantas. Y allí se acomodó.

Y lo que hizo Software entonces fue algo heroico. Mientras los caracoles se iban deslizando al refugio desde el extremo final del puf, Software reptó a su alrededor a plena vista.

Los Potter volvieron a frotarse los ojos.

—Pero una babosa no puede levantar un puf —dijo Tom.

—Y los pufs no se convierten en caracoles —dijo Betsy.

—Debe de haber sido un duende —dijo Tom.

—O puede que nos estemos volviendo chalados —dijo el señor Potter.

—No —gritó la señora Potter desde el salón, y les enseñó todos los garabatos de babas—. Tenemos una plaga, os lo digo yo. ¡Esto está infestado de caracoles!

—Debería enseñarles a usar una regla —dijo el señor Potter, que tenía la impresión de que el mundo se estaba volviendo del revés y que sólo una regla podría detener aquello.

—¡Hay que descubrir de dónde salen! ¡Hay que ahumarlos y acabar rápidamente con ellos! —gritó la señora Potter, y le puso al señor Potter una linterna en la mano para que buscara en el sótano.

El señor Potter alumbró con su linterna cada rincón oscuro, cada grieta del sótano.

No había ni rastro de caracoles.

Pero encontró la viga rota.

La miró durante unos segundos y, poco a poco, empezó a darse cuenta de que no

había en el mundo ninguna regla que pudiera detener aquello. Entonces gritó:

—¡SÁLVASE EL QUE PUEDA! ¡LA CASA ESTÁ A PUNTO DE DERRUMBARSE!

Y salieron en estampida, primero Betsy Potter seguida de Tom Potter, luego la señora Potter y finalmente el señor Potter. Así, esperaron en la calle a que su casa se derrumbara.

Pero la casa no se derrumbó. Una vecina les vio allí en la calle, en pizama, y preguntó qué pasaba. El señor Potter pensó que era mejor no decir nada de lo del puf, pero le explicó lo de la viga.

La vecina llamó a un albañil.

El albañil examinó el sótano.

Y salió con una cara muy seria.

—Han tenido mucha suerte —le dijo a la familia Potter—. Es una viga maestra muy importante, uno de los principales pilares de la casa. Está podrida, totalmente podrida. Me

temo que tendrán que mudarse durante una semana, mientras la cambiamos. Creo que podremos salvar la casa.

Los Potter se trasladaron a casa de la abuela; mientras, el albañil colocó una viga nueva antes de quitar la vieja.

—Ahora está totalmente segura —dijo el albañil—. Ya pueden volver.

Software, la Superbabosa

Los Potter no fueron los únicos que se mudaron. Los caracoles también tuvieron que marcharse de casa. La causa fue el polvo anticarcoma. Lo fumigaron por todo el sótano y los humos los hicieron salir del Agujero.

—No importa —dijo Software—. Ya era hora de que os tomaraís unas vacaciones. Y se los llevó al montón de escombros que habían dejado los albañiles, al que llamó **CAMPAMENTO DE CARACOLES Y CENTRO DE OCIO**. Sin embargo, los caracoles echaban de menos su hogar.

Cuando los Potter volvieron, Software inspeccionó el Agujero.

—El olor se ha ido —les dijo a los cara-

coles—. Parece tan cómodo y acogedor como siempre.

Entonces los caracoles la perdonaron por ser *uno de ellos* y no *uno de nosotros*. Nunca olvidarían aquella gloriosa noche de la fiesta de la cerveza y su dramática huida de la casa. ¡Justo delante de las narices de los humanos!

La señora Potter también la perdonó, aunque nadie de la familia comprendía cómo se las había apañado para levantar el puf.

—Si no hubiera sido por nuestra babosa —decía todo el rato la señora Potter—, se nos habría caído la casa encima.

El resto de la familia estaba de acuerdo. Sabían que tenían que estar agradecidos a la babosa, aunque nunca supieron muy bien por qué.

—Es más lista que cualquier computadora —decía Tom.

Software escuchaba todo aquello. Le gustaba oír cosas así.

Pero Software nunca obtuvo su concha. Obtuvo algo que le gustaba mucho más. Los caracoles le dieron un apellido. Ya no era la pobre Software, sino SOFTWARE SU-
PERBABOSA.

Y también consiguió otra cosa:
¡Ser la protagonista de un cuento!